



EL CANTAR DE ELREBANÁ

una novela de
Peridís


ESPASA

EL CANTAR DE LEBANA



una novela de

Peridís

© José María Pérez, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Ilustraciones de interior: © José María Pérez, 2023
Diseño de interiores: María Pitironte

Primera edición: enero de 2023

Depósito legal: B. 21.715-2022
ISBN: 978-84-670-6719-4

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Gómez Aparicio

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona



Índice



Prólogo, 15

El Primer Sello

- | | | |
|--------------------|--|----|
| CAPÍTULO 1. | Nunca es tarde para Eulalia, | 27 |
| CAPÍTULO 2. | El espectáculo de una crucifixión, | 40 |
| CAPÍTULO 3. | Si quieres llegar lejos, busca compañía, | 58 |
| CAPÍTULO 4. | Una casita con vistas a los Picos de Europa, | 73 |

El Segundo Sello

- | | | |
|--------------------|---|-----|
| CAPÍTULO 5. | Después del cementerio, un viaje al fin del mundo, | 93 |
| CAPÍTULO 6. | Donde había un beato puede haber un facsímil, | 111 |
| CAPÍTULO 7. | El Beato de Valcavado, un original al alcance de sus ojos, | 126 |
| CAPÍTULO 8. | Abderramán encomienda a Elipando la educación de sus hijos, | 143 |

El Tercer Sello

- | | | |
|---------------------|--|-----|
| CAPÍTULO 9. | Habitando con Tiqui la casita de Potes, | 163 |
| CAPÍTULO 10. | La visión de Eulalia y el molesto ratón, | 178 |
| CAPÍTULO 11. | La huida a Liébana de Beato y Eterio, | 194 |
| CAPÍTULO 12. | En la Tierra Prometida, | 208 |

El Cuarto Sello

- CAPÍTULO 13.** La pandereta de Tiqui y las plumas
de los ángeles, 227
- CAPÍTULO 14.** Beato contraataca cuando Adosinda profesa, 239
- CAPÍTULO 15.** La casita tiene sorpresa, 263
- CAPÍTULO 16.** Los temores de don Exuperio, 284

El Quinto Sello

- CAPÍTULO 17.** De los socorritos a la villa romana, 303
- CAPÍTULO 18.** Don Crisógono atropellado, Tiqui desahuciada
y don Aurelio desenmascarado, 333
- CAPÍTULO 19.** A Dios pongo por testigo de que nunca
volveré a pasar hambre, 355

El Sexto Sello

- CAPÍTULO 20.** Operación Sherlock Holmes, 371
- CAPÍTULO 21.** La cabeza en el monolito, 387
- CAPÍTULO 22.** Alcuino de York combate a Elipando, 395
- CAPÍTULO 23.** Carlomagno coronado emperador en
el Reino de los Mil Años, 411

El Séptimo Sello

- CAPÍTULO 24.** Umberto, yo no soy digna de que entres
en mi casa, 429
- CAPÍTULO 25.** En el nombre de la risa, 448
- CAPÍTULO 26.** Sabe esperar, Crisógono, deja que la
marea fluya, 460

Agradecimientos, 475

Bibliografía, 478



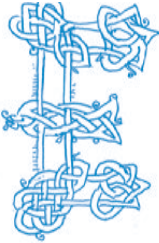
EL PRIMER SELLO

VI AL CORDERO QUE ABRÍA EL PRIMERO
DE LOS SIETE SELLOS

y oí a uno de los cuatro vivientes que decía con voz
de trueno: «Ven». Vi un caballo blanco y a su jinete
con un arco, le pusieron una corona, y salió vencedor
para seguir venciendo.



Nunca es tarde para Eulalia



ulalia, viuda reciente y sin ocupación, caminaba ensimismada, cabizbaja y triste hacia su domicilio en el que nadie la estaba esperando. Acababa de salir de la consulta y su psicoterapeuta había insistido una vez más en que, para salir del duelo y de la apatía que le robaba las fuerzas, se enrolara en una ONG, entrara en un club de lectura, buscara un *hobby* o realizara alguna actividad social que la tuviera entretenida, le permitiera relacionarse con personas diferentes y diera un sentido a su vida.

—Vives al lado de la universidad, allí hay una gran biblioteca. Me has dicho que siempre has tenido curiosidad por el arte y que es muy entretenido. Seguro que hay cursos y seminarios para personas mayores. ¿Por qué no te apuntas a alguno, aunque solo sea para probar? A lo mejor encuentras algo que te guste, unas buenas amigas o un novio en buen estado —le dijo bromeando.



La mujer analizaba los consejos de su terapeuta, pero no sabía por dónde empezar.

Nada habría cambiado en su vida si no hubiera llamado su atención la cola que había en el portalón de entrada del palacio de Santa Cruz, en pleno corazón de la antigua Universidad de Valladolid. También se fijó en el anuncio de una exposición sobre Beato de Liébana en un cartelón tan moderno que en un primer momento le recordó al *Guernica* de Picasso en colores.

—¿Hay hoy algún acontecimiento especial? —preguntó a una chica pecosa, menuda, alegre, de pelo rizado y muy natural.

—Que se cierra la exposición del Beato de Valcavado. Se dice que es de los más antiguos que se conocen y es la joya más preciada de la biblioteca. No creo que sea mejor que el Beato de Burgo de Osma que tenemos en la catedral de mi pueblo. Yo vengo a recoger información a propósito de un seminario sobre Beato de Liébana que dura todo el curso, ¿y usted?

—Yo vivo aquí al lado y me ha extrañado que estuviera abierto el portón a estas horas, pero me gustaría pasar para verlo. Mi marido era lebaniego, pero no me habló nunca de Beato de Liébana, ¿sabes? —exclamó Eulalia, y se quedó pensativa.

—Quiero estudiar Historia del Arte —le informó con despapajo la muchacha—. Me interesa el mundo del cómic y las ilustraciones de los beatos me parecen lo más. Beato fue un monje del siglo VIII, en cuyo libro hay unas ilustraciones llenas de colorido y fantasía que acompañan al texto.

«Así que había un artista famoso en Liébana y mi marido no me dijo ni una palabra de ello —pensó Eulalia—. ¡Cómo era mi marido! Estaba totalmente entregado a sus pacientes. Por la mañana salía pronto hacia la clínica donde trabajaba mientras





yo me ocupaba de los asuntos de la casa, y por la tarde pasaba consulta en nuestro domicilio, donde yo hacía de enfermera, que para eso estudié esa carrera. Al poco de conocerme, me pidió en matrimonio, y qué le iba a decir, si además era mi jefe. Desde que comprobamos que no podíamos tener hijos, empezó a traerse a la cama historias de los enfermos que yo le preparaba para la consulta del día siguiente. Así me tenía ocupada todo el día, trabajando como una leona. Las pocas veces que me llevó a Liébana, fuera por la niebla unas veces y otras porque llovía o se había cortado la carretera por desprendimientos, no terminó de gustarme aquella tierra. Además, me mareaban las curvas de las carreteras de entonces y me daban todas las angustias cuando íbamos por el desfiladero de la Hermida, todo el rato serpenteando junto al río Deva, sorteando camiones y autobuses que te obligaban a meterte al escaso arcén, bajo aquellos precipicios llenos de cabras que hacían rodar pedruscos hasta la carretera. ¡La cantidad de gente que se habrá matado en aquellas curvas!



¡Madre mía, qué miedo pasé las veces que me llevó!, que luego dejamos de ir, porque cuando murieron sus padres se quedó sin familia. Y a mí me tiraba más el sur. No todas las playas son de arena fina, pero siempre tienes sol para tostarte».

Eulalia y la chica estaban en el claustro cuando avisaron por megafonía de que cerraban en un cuarto de hora. Aquello fue visto y no visto, porque solo les dio tiempo a echar un vistazo a los paneles que mostraban unas imágenes fantásticas sacadas de beatos. El libro estaba dentro de una urna climatizada y no pudieron ver más que la doble página del mapamundi, porque un estrafalario personaje vestido a la antigua usanza, que gesticulaba en exceso, contaba una historia a un grupo de visitantes que seguían con gran atención sus explicaciones.

—Cuando yo era niño leíamos tebeos. Eran unos cuadernillos que contaban historias mediante textos breves y sencillos, ilustrados con viñetas de gran expresividad. Eran entretenidos y muy fáciles de leer. Ahora se les llama cómics. Este libro que ven ustedes en la urna es un cómic extraordinario. No se rían ustedes. Es un cómic de superlujo lleno de fantasía realizado a mediados del siglo x, inspirado en originales del siglo viii. Se conservan más de treinta en todo el mundo, y al igual que a todos los incunables de su especie, se les llama beatos porque sus, digamos, viñetas ilustran los *Comentarios al Apocalipsis* de un monje lebaniego llamado Beato. Según Umberto Eco, filósofo y semiólogo, autor de *El nombre de la rosa*, los beatos son las más prodigiosas creaciones iconográficas de toda la historia del arte occidental.

»Durante casi quinientos años, el libro de Beato se convirtió en el códice más suntuoso, prestigioso e iconográficamente

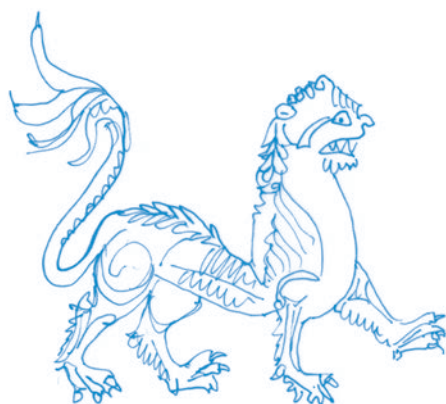


exuberante de todos los manuscritos hispanos de esos siglos... Y lo sigue siendo porque una familia como la de nuestros beatos no tiene parangón en el mundo. Es muy diferente de todo lo que se produce fuera de nuestra península, tanto por el lenguaje como por las raíces. Para que observen lo fastuosos que son estos incunables, les vamos a mostrar el Beato de Valcavado, que es el principal protagonista de esta exposición. Es el ejemplar más antiguo y valioso de la colección de quinientos veintinueve volúmenes de textos clásicos que alberga esta biblioteca, entre biblias, ejemplares de historia y derecho. Es una lástima que nada sepamos ni conservemos de los primeros beatos del siglo VIII salidos del *scriptorium* lebaniego. En doce siglos pasan muchas cosas, por ello, no intenten llegar hasta el antiguo monasterio de Valcavado, levantado en tiempos del rey godo Chindasvinto, a pesar de que en él se refugiaron durante muchos años los obispos palentinos a partir de la destrucción de su ciudad por los musulmanes en el año 717. Todavía se erguía en el siglo XII, en un recodo del río Carrión, en las proximidades de la villa de Saldaña, pero como el tiempo revuelve todo lo que toca, a este monasterio se le fue acercando el río y, finalmente, terminó socavando el solar en que se asentaba y dejó el cenobio a merced de la corriente. Las piedras accesibles que estaban al alcance de la mano se las llevaron los vecinos de Valcavado para mejorar su iglesia. Como a Oveco o Vieco, autor del incunable, le confundían con Beato y le tenían por santo, trasladaron su sepulcro a la iglesia nueva y no olvidaron depositar en ella el beato, que era la joya del cenobio. Pero terminó en la biblioteca de esta universidad a mediados del siglo XVI gracias al erudito Ambrosio de Morales.



Eulalia se dio cuenta de que el personaje que ofrecía la explicación tenía grandes conocimientos sobre la materia, pero lo que más le había gustado era el entusiasmo que ponía en lo que contaba, lo asequibles que eran sus comentarios. Fascinada por el personaje, no pudo por menos que preguntarle a la chica por la identidad del mismo.

—Es don Crisógono —le dijo la joven en voz baja—. Si quieres enterarte de qué va el asunto, inscríbete en el seminario que dirige él mismo. Te divertirás mucho y aprenderás sin darte cuenta. Seguro que hay plazas libres, porque a ese seminario no se apunta casi nadie. Los alumnos tiran ahora por el arte contemporáneo, y el arte medieval les parece una antigualla. El profe es un tipo de otro tiempo. Hay gente que no le traga. ¡Fíjate si será excéntrico que hasta escribe novelas policiacas, viste como le da la gana y cambia a menudo de modelo tirando del fondo del armario de su abuelo! Es raro, pero sabio y un poco chiflado; tenía que estar jubilado, pero le dejan dar este seminario porque ha sido bibliotecario hasta hace poco y lleva toda su vida estudiando a Beato de Liébana. Anímate, que seguro que descubres cosas muy interesantes.



—Me da mucho corte. A mi edad, me da la sensación de que no encajaría en este sitio. Y no conozco a nadie.

—¡Qué tontería! Para aprender no hay edad que valga. Y aunque acabamos de encontrarnos, ya puedes decir que conoces a alguien. Porque yo voy a matricularme. Me interesa un montón el seminario. Esos dibujos son alucinantes y es increíble que los hayan hecho unos frailes hace más de mil años —dijo la chica con entusiasmo.

—Entonces, a lo mejor me animo y me inscribo. Por cierto, yo me llamo Eulalia, pero siempre me han llamado Lali. ¿Y tú? Si vamos a ser compañeras, tendremos que saber nuestros nombres.

—Aunque me llamo Eutiquia, llámame Tiqui —sonrió ella.

Salieron a la calle y Tiqui se despidió con un «espero verte pronto en el seminario de los beatos» que dejó a Eulalia pensativa y animada a la vez ante la nueva perspectiva.



Eulalia, que todavía estaba en pleno duelo, tenía sus dudas, pero se acordó del consejo de su terapeuta y pensó que nada perdía por intentarlo. Pensó que en casa se seguiría aburriendo, el asunto tenía que ver con Liébana y, alentada por la alegría y frescura de Tiqui, le pudo la curiosidad y se inscribió para darle una satisfacción a su terapeuta, pero el primer día de clase le sobrevino el miedo escénico y estuvo a punto de abandonar porque no veía a Tiqui por ninguna parte.

El ángel del miedo guardaba la puerta de la universidad. Se estuvo un buen rato viendo cómo entraban y salían aquellos



estudiantes que habrían podido ser sus nietos, sin atreverse a cruzar el umbral. Ella era bien parecida y de notable estatura. Últimamente andaba encogida, a pesar de que tenía un porte distinguido. Aunque el día anterior había ido a la peluquería, sobre todo para disimular las canas, el abatimiento y el aburrimiento ya galopaban por su cabeza. Si se comparaba con los estudiantes, era una señora mayor... «Mayor, aburrida... y triste —pensó—, pero hoy toca disimular». Aquella mañana no había sabido qué ropa ponerse. «Aunque esto sea un acontecimiento en tu vida, recuerda que no vas a una boda. Procura no llamar la atención. Naturalidad y sencillez es lo que conviene. Ponte algo discreto y cómodo, como si fueras de excursión. Unos pantalones vaqueros y una generosa blusa blanca que disimule unos pechos prominentes. No te pintes para fardar, que hoy no toca, hazlo para disimular las arrugas, que siempre viene bien. Un poco de sombra de ojos, rímel para resaltar las pestañas, que siempre fueron tu fuerte, y discreción y silencio, que en todas partes son una buena carta de presentación».

Después de localizar el aula del seminario, muy grande para la docena y media de estudiantes que se habían inscrito, se sentó discretamente en la segunda fila de mesas. Enseguida llegó don Crisógono, que dio comienzo la lección haciendo como que leía el *The New York Times*:

—Noticia bomba: quien encuentre el códice que salió de las manos de Beato de Liébana ganará fama imperecedera y una fortuna considerable, sobre todo si se casa con un anticuario.

Sus alumnos se echaron a reír pensando que era una broma dirigida a las chicas.



Así empezó la clase don Crisógono ante el asombro de sus alumnos. Como estaba tan serio como Buster Keaton, aguantaron las risas como pudieron. Él dobló el periódico y empezó su disertación como si nada, pero como hablaba entre dientes era preciso estar muy atento para no perder el hilo de su discurso.

Don Crisógono explicó que había dedicado muchos años a investigar la vida, obra y milagros de Beato de Liébana —«que alguno hubo», aseguró—, al estudio de los beatos que todavía se conservan y a la búsqueda de códices, que muchos faltan por aparecer, añadió.

—Escuchen bien lo que les digo: después de la Biblia, el de Beato es el libro más copiado en la Alta Edad Media, y a estas alturas del siglo XXI se conservan treinta y un ejemplares, en su mayoría completos o casi. ¿Dónde se ha visto semejante proeza? Además, el misterio que rodeaba el Apocalipsis y la obligación de su lectura, impuesta por el IV Concilio de Toledo, hacían de él un libro muy solicitado.

»El ilustrador del Beato de Valcavado no solo se atrevió a estampar su firma, sino que nos dejó la fecha de su comienzo y también la de su final, ambas en el verano del año 970. Llegó a esta universidad a petición de Ambrosio de Morales. Se sabe que fue obra de Oveco, al que en Valcavado le tenían por santo, confundiéndole con Beato.

Don Crisógono hizo una pausa para mirar a Eulalia con cara de extrañeza. Eulalia recordó que Tiqui le había dicho que era un profesor raro.

«No oculta que le sorprende mi presencia —pensó ella—, pero lo peor es que me mira con mucho descaro».



Al saberse escrutada por el profesor, no sabía dónde meterse, porque sus compañeros también fijaron la atención en ella. «Era lo que me faltaba el primer día de clase».

—Es muy poco lo que se sabe de Beato de Liébana —continuó él—, a pesar de la enorme importancia que tuvo durante varios siglos... y la que sigue teniendo a estas alturas del siglo XXI. Y si no, que se lo pregunten a ese rosario de peregrinos que en estos momentos se dirigen o vuelven de Compostela. «Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la vida y entrarán por las puertas en la ciudad. ¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras y todo el que ame y practique la mentira!». Evidentemente, no me dirijo a ustedes, sino que les he leído el principio del libro *Comentarios al Apocalipsis*, que escribió Beato en el siglo VIII. Presten atención a este dibujo que procede del Beato de Tábara y se halla en el Archivo Histórico Nacional. Lo he traído para que contemplen cómo era un *scriptorium* o cómo se veían a sí mismos Magio y su discípulo Emeterio, iluminadores de este beato, en esta sección arquitectónica de la torre del monasterio de San Salvador de Tábara. «Torre de Tábara, alta y de piedra, el primer sitio donde Emeterio llegó y se inclinó durante tres meses y con todas sus potencias manejó la pluma. Se terminó el códice el día sexto de las calendas de agosto de la era 1008 [27 de julio de 970], en la hora nona». Otros monjes-ilustradores posteriores hicieron lo mismo que ellos, dando noticias de sus vicisitudes vitales. De su júbilo dejó constancia Magio cuando finalizó su beato, que los expertos fechan entre el 940 y el 950. Se deduce que debía de ser bastante joven y era un artista excepcional. Tenía una imaginación desbordante y sumamente fértil, todo lo que



hizo rezuma alegría, frescura y belleza: “Que resuene la voz fiel, que suene y resuene —exclamó don Crisógono alzando la voz y avanzando el brazo como si declamara—. Que Magio en verdad pequeño pero animoso, se alegre y cante, resuene y clame. Recordarme, pues, a mí, siervos de Cristo, los que moráis en el monasterio de San Miguel de Escalada. Escribo en honor de tan alto patrón por mandato del abad Víctor, y por amor al libro de la visión de Juan, el discípulo amado. A fin de embellecerlo, pinté una serie de miniaturas para las maravillosas palabras de sus *storiae*, para que los prudentes teman la llegada del juicio futuro”. En el manuscrito se dice que la mayor parte de las miniaturas fueron realizadas por el monje Magio, y que, a su muerte, el 30 de octubre del año 968, lo acabó Emeterio con la ayuda de Senior. En el texto se explaya y nos dice que tanto Emeterio como él son presbíteros, sacerdotes y monjes. Que a Magio le reclamaban los monasterios para que les hiciera la copia del beato.

»Magio era un maestro en el arte de la composición, de la simetría, del equilibrio y la entonación de los colores. Tengan en cuenta la dificultad que tenía expresar en imágenes lo invisible para hacerlo visible, ya fuera sublime o terrorífico. Contemplan este dibujo-alegoría de una Babilonia encastillada, a la espera de la ruina profetizada, rodeada por dos enormes serpientes-dragones. En el centro de la ilustración, bajo bóvedas en arco de herradura, aparecen los hornos en que fueron asados tres hebreos por orden de Nabucodonosor. En el sueño de ese rey, se le representa desnudo, en cuclillas, comiendo yerba, al igual que el buey que le acompaña, ambos al pie de un fantástico árbol en que hay aves de variados colores. Es una caricatura de este rey, al que rebaja al nivel de las bestias.



El profesor hizo una pequeña pausa para que pudieran apreciar lo que acababa de explicar en la diapositiva proyectada en la pantalla. Luego continuó con su cadenciosa voz:

—Viendo estas imágenes tan hermosas y fantásticas, se darán cuenta de que el cómic es un invento mucho más antiguo de lo que algunos suponen. —Pasó despacio las preciosas imágenes de los beatos y no pudo dejar de regocijarse con la cara de estupefacción de los alumnos, que abrían los ojos como platos a medida que apretaba el botón del proyector—. En los beatos la historia se complementa con unos dibujos muy expresivos que ayudan a entenderla, porque sus imágenes sirven de anclaje para conservarla en la memoria. Durante más de cuatro siglos, los iluminadores que copiaron e interpretaron el *Comentarios* realizaron unas miniaturas maravillosas, hoy diríamos que cuasi psicodélicas, ilustrando los pergaminos de los beatos en viñetas plenas de significado, que son un prodigio de imaginación, expresividad y fantasía. A mi modo de ver, la riqueza iconográfica del *Comentarios al Apocalipsis* no tiene parangón en su tiempo. Tal como escribe Umberto Eco: «Leído hoy, y por un lector obsesionado por la problemática de la comunicación, este texto da la impresión consoladora de ser un mensaje escrito en clave. Las imágenes desbordan, es verdad, y asaltan al lector con un vértigo de significantes abiertos a cualquier lectura, pero el autor se refería a correspondencias precisas que, en su tiempo, eran patrimonio común...». —Se levantó de su asiento al terminar la lección y exclamó—: Si alguno de ustedes se acerca a Liébana, cosa que me extrañaría mucho, que no deje de preguntar por don Exuperancio. ¡Díganle que van de mi parte! Es el que más sabe de Beato por



aquellos pagos. Indaguen, pregunten, busquen y encuentren el beato perdido, y les cambiará la vida.

—¿Era lebaniego de nacimiento Beato? Porque parece que hay dudas al respecto —preguntó una alumna.

—Los especialistas que han estudiado a fondo los beatos y la vida de Beato coinciden en que venía de Córdoba y fue uno de tantos que se refugió en Liébana. ¿Qué hacía Beato de Liébana en Córdoba en tiempos de Abderramán I? De eso y de muchas otras cosas trataremos en este seminario, que espero que sea entretenido y les resulte de mucho provecho, porque les ayudará a conocer mejor un período desconocido de nuestra historia.

